



1er PREMIO

**CERTAMEN CUENTOS Y POESÍA
POR LA IGUALDAD 2020**

“LA IGUALDAD ES EL ALMA DE LA LIBERTAD”

En un barrio al sur de Madrid José y Josefa comienzan una relación de amor, él tiene 18 y ella 17. Los dos provienen de familias trabajadoras. Los padres de ambos se han ido desarrollado y aprendido las habilidades de las que disponen bajo un sistema, una educación patriarcal. A veces y a lo largo de sus vidas aparecía algún debate basado en el binomio feminismo-machismo, pero se saldaba la discusión aludiendo frases como *“nunca puede haber igualdad entre hombres y mujeres, somos diferentes por naturaleza”* esta percepción de las relaciones entre hombres y mujeres, la educación que en definitiva que se recibía, tanto dentro como fuera del entorno familiar estaba muy arraigada.

Los padres de Josefa y José educaron a sus hijos bajo un paradigma que marcará el desarrollo de estas dos personas. Pero había otros factores, no solamente el entorno familiar marcaría la relación, el grupo de pares con el que se relacionaban, el medio ambiente donde vivían, los servicios que había en el barrio, que eran escasos, y como no, las políticas que en ese momento se implementaban.

Los padres de Josefa y José aunque vivieron los últimos coletazos de un régimen dictatorial en el que predominaba la idea patriarcal en todos los ámbitos de la vida cotidiana en la que el hombre, por naturaleza, es fuerte y valiente, y ellas, frágiles, débiles y cariñosas, también *“porque así lo designa la madre naturaleza”*, nos pasa a toda la humanidad, cuando algo, durante siglos, hemos visto que es así, tendemos a naturalizarlo; ellos, pese a sus ideas progresistas, esta forma de ver las relaciones entre hombres y mujeres perduraba.

Los padres de Josefa, eran trabajadores asalariados, defendían la igualdad entre hombres y mujeres, la madre con una mirada de cristiana de base convencida de que *“todos somos iguales ante los ojos de Dios”* y consciente de sufrir una desigualdad salarial, de trato y promoción en la



fábrica en la que trabajaba, y su padre porque en la lucha de la clase trabajadora era “lógico” que se proclamase la igualdad entre hombres y mujeres. Pero el peso que tiene una educación patriarcal y los pequeños micro machismos que a diario se reproducen entraban en contradicción, una cosa era lo que se proclamaba y otra la realidad cotidiana; esto a Josefa la desconcertaba.

Y así con estas mochilas cargadas de estereotipos, prejuicios, mentiras y, eso sí, con una gran capacidad de aprender (aunque menor capacidad para desaprender) y ganas de cambiar el mundo, comienzan, Josefa y José su singladura en pareja, cada uno con su bagaje para afrontar la vida.

Vayamos pues a nuestros personajes, a como se relacionaron y hasta donde llevaron su relación.

En Josefa se despertó, no por casualidad, la llama de la igualdad, esa de la que tanto se hablaba en su casa. Josefa leía, le gustaba leer y entre las lecturas encontró un hilo conductor que la llevo a un profundo sentimiento de libertad, de no caer en una relación como la que, pese a ser de respeto y basada en la “igualdad”, vivían sus padres; ella quería ser dueña de su cuerpo, de su afecto y de una relación, y sobre todo basada está en su libertad.

En sus primeras relaciones sexuales José y Pepa (así le gustaba que la llamarán) no acabaron muy satisfechos, todo su conocimiento estaba concentrado, por un lado en el amor romántico inculcado a ella y del que poco a poco iba renegando, lo que le costaba discusiones con sus amigas, sobre todo cuando ellas defendían, por ejemplo, *Pretty Woman* como si fuese lo más de la libertad sexual, sin embargo ella veía que era una estratagema más para que la mujer continuase bajo el yugo patriarcal, el mito del amor romántico la llevaba a pensar si no sería una forma de mantenerlas subyugadas, ese rollo de los celos, de la posesión, de darlo todo por él, sentía que no iba con ella. Veía que José, esperaba de ella un comportamiento sumiso en esos encuentros, aunque eso sí, él se declaraba anti-machista, como la mayoría de los hombres.

José, basaba su conocimiento sobre la sexualidad en la pornografía que junto a sus amigos

consumía de forma habitual. Lo que veían era lo que pensaba que realmente gustaba a las mujeres, y él lo intentaba llevar a la práctica con Pepa. Pero la realidad era muy diferente, a ella no le hacía ni pizca de gracia ni le daba ningún placer que la tirasen del pelo, que la diesen cachetes en el culo, y no le apetecía estar continuamente haciéndole felaciones.

- A ver José, tío que no me gusta que me des esos tortazos, no puedes ser un poco más delicado, que pareces un hombre de cromañón.
- ¡Joder tía esto le gusta a cualquier mujer!! has visto alguna peli porno en la que no le den un cachete y como disfrutan las condenadas.

Y en estas discusiones se enredaban, una pensando que tenía que haber otra forma de relacionarse y él pensando que su novia era un poco rara.

José, no obstante no era mal tipo,

- Bueno a ver no eres mal tipo, le decía Pepa, pero José tienes los mismos ramalazos machistas que un machista declarado.

José no era agresivo, pero su comportamiento vicario era todo lo que tenía para relacionarse a nivel sexual, desde luego era consciente que de lo que veía solo o con sus colegas en las películas porno, con esos súper orgasmos de mujeres sumisas que se dejaban *libremente* hacer de todo, a la realidad que vivía él y Pepa, donde no había un placer recíproco, había una gran diferencia. Desde luego algo fallaba.

Pepa iba siendo consciente de que la relación en pareja no era igualitaria, no ya solamente por la relación a nivel sexual, si no que ella profundizaba, intentaba conocer porque si se habla tanto de igualdad, existen comportamientos que a poco que los miraba de cerca pretendían la dominación del hombre sobre la mujer y además las mujeres de su entorno lo favorecían:

- Pepa pon la mesa que van a llegar tus hermanos y aún está sin poner. Le decía su madre a diario
- Pepa, tía ponte un poco de colorete que pareces que estás muerta. Le decían sus amigas cuando a ella no le apetecía ponerse guapa para nadie.

Estaba harta de que las conversaciones con sus amigas estuviesen principalmente centradas en cómo ponerse más guapa, más sexi, como oler mejor, como atraer las miradas, etc., Pepa navegaba por un proceloso mar de contradicciones, no quería ser un aditamento de la vida de otros, quería ser igual, quería una relación igualitaria y desde luego todo en su entorno le mostraba el camino a la sumisión, pequeñas acciones que otras mujeres pasaban por alto pero a ella le hacían reflexionar sobre la vida que quería.

Pepa iba realizando su propio camino hacia la igualdad, se daba cuenta que en ese camino ella tenía el protagonismo, de nada servía buscar la igualdad deseada si no se mojaba. Por lo que decidió comenzar e ir cambiando las cosas con el chico al que quería, José. Para eso debía concienciarse que ella puede: escuchar, cambiar, decidir, disfrutar, responder, hablar, enseñar, etc., y allá que se lanzó a cambiar las cosas, erradicando aquellas ideas preconcebidas de lo que era el amor e intentando cambiar aquellas ideas del amor romántico, por las que ella creía que debería ser el amor:



-No hay nada más importante que nuestra relación -vs- *-Hay muchas cosas importantes que podemos hacer más allá de nuestra relación.*

-Tú eres lo único de mi existencia – vs - *tú, junto a otras muchas cosas que puedo realizar con o sin ti hacen que me sienta bien*

-Haré todo lo que me pidas, mi entrega será total- vs - *haré todo lo que yo crea que debo hacer, que me guste y lo haga con plena libertad*

-Cualquier sacrificio lo haré en nombre del amor -vs- *no haré nada que suponga un sacrificio y este vaya en contra de mi libertad*

-Perdonaré cualquier cosa en nombre del amor - vs- *no te perdonaré nunca que me hagas daño, me humilles, o me maltrates de cualquier forma.*

A Pepa se le ocurrían muchas más frases para desterrar. Veía claramente que estas ideas estaban muy arraigadas y veía de dónde venían, todo estaba ocupado por mensajes subliminales que nos hacían, a las mujeres, estar siempre en un segundo plano, aunque fuésemos las protagonistas, en las películas, series, cuentos, etc., el relato siempre es el mismo: serás o tendrás tu rol en la vida si un hombre te mete en su papel.

Pero podría empezar a cambiar cosas en su relación con José si le convencía de que hay otra forma de relacionarse.

Pepa comenzó en uno de sus encuentros amorosos a poner normas, no hacer nada que los dos no hayan decidido y estén de acuerdo en hacerlo. Pepa le dijo a José lo que le gustaba y lo que no estaba dispuesta a hacer porque no le gustaba. Sorprendentemente la cosa fue genial, mejor de lo que en otras ocasiones había ido, el mero hecho de compartir la experiencia les resultó sumamente agradable, en José se removió algo hasta ahora desconocido, algo como un cierto bienestar, no estaba a “*3 metros sobre el cielo*” pero casi y desde luego sin la misoginia que destila el film.



José se sentía, raramente bien, ese momento de amor en el que no tenía que sacar su masculinidad, también le hizo reflexionar, quizás la relación de pareja en una situación así, con ese punto de igualdad y sin tener que sacar ese macho que nos han inculcado, se decía a sí mismo. Es de momento más satisfactoria.

Pero Pepa quería más, el sexo le gustaba, pero se le habría un inmenso mundo de posibilidades donde seguir avanzando, luchando por ese anhelo de igualdad.

*

Pasó el tiempo y Pepá y José decidieron vivir juntos, ella consiguió un puesto en una empresa de logística en la que la mayoría de las personas que allí trabajaban eran hombres, su buena preparación la hizo ir subiendo en el escalafón.

Pepa seguía ahondando en lo que ya sin duda pensaba que debía ser una relación entre hombres y mujeres, esta no podría ser, al menos en ella, más que en una situación de igualdad. Además estaba convencida que una relación basada en este paradigma tenía mucha más posibilidades de que el tiempo que durase, ya fuese de amistad, de pareja, laboral, etc., sería mucho más satisfactoria.

Pepa, convencida que su objetivo no sería posible sin la implicación de los hombres, estaba decidida a mostrar las ventajas de hacer posible la relación de igualdad entre hombres y mujeres. Desde luego ya se había planteado que debía empezar por que José lo entendiera y le reclutaría para la causa.

Pepa leía todo lo que le caía en sus manos sobre feminismo e igualdad. Pero la lucha era agotadora, a cada momento debía demostrar y hacer frente a los estereotipos y a los pequeños gestos machistas que a los hombres y a muchas mujeres les brota con toda naturalidad.

A José le iba mostrando esas pequeñas cosas que él sin darse cuenta hacía y que muchos otros hombres reproducen, si íbamos a comer a un restaurante, no pedíamos la cuenta, esperábamos a que el camarero o la camarera la trajese, siempre se la presentaban a él.

- Lo ves, dan por hecho que tú eres el que tienes el dinero, le decía Pepa, pero es que si pidiéramos una copa y una infusión, dan por hecho que el alcohol es para ti y yo tomaré la infusión.

-Bueno mujer son cuestiones sin importancia

-Efectivamente son cosas sin importancia, pequeños detalles que perpetúan que sigamos en una situación de desigualdad. Fíjate, tú mismo hasta hace bien poco considerabas que eras un hombre que ayudaba en la casa, lo repetías porque considerabas que ese era tu papel, hasta que te diste cuenta que ese *ayudar* estaba condicionado a que quisieras o no echar una mano.

-Bueno cariño, pero me convenciste de la otra realidad, que ambos tenemos responsabilidad en las tareas y llegamos a un acuerdo para repartirlas y de verdad que me siento satisfecho, los momentos de la plancha me da para ver mi serie favorita, ja, ja- le decía José.

-Sí o cuando fuimos al banco, bueno hay estuviste genial he de reconocer, íbamos a domiciliar mi nómina y el señor solo se dirigía a ti, hasta que le dijiste que tu no trabajabas, que en casa el dinero lo traía yo, que cara se le quedo...

-Ahora estarás conmigo que hay cientos de pequeñas actitudes que desde luego no mejoran las relaciones en igualdad entre hombre y mujer.

-Ya cariño, aun me sigue dando un poco de cosa esta relación que vamos teniendo, que me gusta, lo reconozco, porque esto de poder ser amigos y además acostarnos sinceramente le veo muchas posibilidades, pero que el otro día Fernando me dijese que si tenemos hijos algún día sería un padrazo, pues me daba la sensación que lo decía como que estaba desarrollando un papel que no es el de un hombre. Y entiendo ahora que moleste que alguien diga ¡¡que padrazo por el hecho de hacer lo que se debe hacer en la crianza!! Y que no se diga que madraza, que lo venís haciendo desde el principio de los tiempos.

Y en estas conversaciones y sutilmente Pepa iba metiendo a José en un mundo en la que la igualdad iba ganando terreno.

José, iba entendiendo esto, porque lo experimentaba y le producía satisfacción. Él notaba como el crecimiento de ella le gratificaba, no sabía cómo explicarlo pero que Pepa fuese adquiriendo cada vez más



responsabilidades en su trabajo, y que él fuese haciéndose cargo y compartiendo las tareas de domésticas, le hacía sentirse bien, para él, ella ya lo sabía, compartir tenía que hacer a las personas más felices. ¿Pero a que se debía? Si a él le habían educado para triunfar, ser fuerte, cubrir a la familia de las necesidades, tener una mujer que le cuidase y le tuviese en un pedestal, y sin embargo, así, siendo la pareja de una mujer a la que *no ayudaba* en las tareas si no con la que se corresponsabilizaba de ellas, estar con Pepa y que ella creciera como persona a él extrañamente le satisfacía, más aun cuando Pepa comenzaba a ser una mujer admirada y él lejos de sentir celos veía que esa admiración le gratificaba, la sentía como su compañera, no de una forma posesiva si no porque la libertad de Pepa, su preparación profesional le repercutía de una manera que le hacía infinitamente más feliz que tener una mujer sumisa, subyugada, en definitiva el bien estar que le proporcionaba vivir en condiciones igualitarias fue lo que le hizo replantearse, de forma casi imperceptible su masculinidad.

José, había sido educado bajo una concepción de las relaciones disfrazada de igualdad, pero en el fondo y la forma machista. La masculinidad predominante era la del hombre trabajador que reportaba bienestar a la familia, está a cambio debía de reconocer su papel de patriarca. Pero gracias a ese sutil aprendizaje que Pepa había inculcado, José descubrió que había otra manera de ser masculino, se le iba cayendo el mito de la identidad viril tal y como hasta ahora lo había vivido. Y en estos momentos, cuando el mito se desmorona él tenía a su lado a una persona que le reconfortaba y hacía que valorase la destrucción de su antigua masculinidad por la nueva, porque esa era la masculinidad que realmente atraía a Pepa. Y así, paso a paso José fue dándose cuenta de que su nueva masculinidad, no solo le hacía más feliz, si no que le favorecía socialmente. No obstante los coletazos de su otra masculinidad aparecían de vez en cuando

- Cariño- le decía a Pepa- deberías teñirte que te están saliendo algunas canas.

Pepa le miraba y le preguntaba si él se miraba al espejo, porque

- Cielo te estás quedando calvo, no sé si te has percatado.

*

Con el paso del tiempo llegaron los hijos, y con ellos se iba asentando cada vez con más fuerza la idea de la importancia de la igualdad, no solamente porque entendió que la desigualdad era una construcción del hombre para dominar a la mujer y de esta forma satisfacer su ego, de mantener esa ancestral idea de que el hombre necesita a la mujer para su cuidado, el de la progenie y de esta manera perpetuarse, si no porque José y Pepa veían como sus hijos progresaban muy satisfactoriamente en la escuela, su rendimiento era excelente y todo porque, y eso se les notaba a la legua, eran felices.

En definitiva José llegó a la conclusión, como si de un eslogan se tratase, que “La igualdad entre hombres y mujeres nos hace más felices”.

Pepa había conseguido que en su entorno arraigase lo que anhelo desde joven, la igualdad entre hombres y mujeres. Pero sabía que Pepe fue un actor principal para que esa igualdad fuese una realidad en sus vidas.

Y así, vivieron felices y crearon un entorno de felicidad, convencidos, él de que Pepa había sido la persona que más le había ayudado a crecer y a valorar los sinfines momentos de bien estar que produce una relación de igualdad, Pepa, convencida de que sin él no hubiese sido posible construir el entorno que vivieron durante muchos más años y que fue multiplicador a través de Manuela, su hija y de Olmo, su hijo.

Petronila NT

